

3277 - 10

CENTENARIO DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO.

LA
DEFENSA DE ORÁN

POR

D. EMILIO PRIETO Y VILLAREAL

(Teniente Coronel, Comandante de Caballería.)

*Composición premiada por el Centro Militar en el certamen celebrado con motivo
del segundo centenario del nacimiento de aquel insigne
general y tratadista militar.*



MADRID.—1884

IMPRENTA DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DEL EJÉRCITO.

LA
DEFENSA DE GRAN



LA
DEFENSA DE ORÁN

COMPOSICIÓN POÉTICA

DEDICADA Á LA HERÓICA MUERTE

DEL

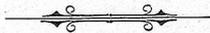
MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARGENADO

POR EL TENIENTE CORONEL, COMANDANTE DE CABALLERÍA

D. EMILIO PRIETO Y VILLAREAL.



PRIMER PREMIO DEL CENTRO MILITAR EN EL CERTAMEN
CELEBRADO CON MOTIVO DEL SEGUNDO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE AQUEL
INSIGNE GENERAL Y TRATADISTA MILITAR



MADRID.—1884

IMPRESA DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DEL EJÉRCITO

LA DEFENSA DE ORAN

COMPOSICIÓN POÉTICA DEDICADA Á LA HERÓICA MUERTE

DEL

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO.

I

Lema: «La civilización no es más que el desarrollo de la humanidad del interior al exterior.»

(VÍCTOR HUGO.)

¡Grande, como lo ha sido, será España,
Cuando ampare la fuerza su derecho!
Esto grita en el fondo de mi pecho
La voz del corazón, que nunca engaña.
¡Quién lo duda! Si en noche tormentosa
Luz siniestra y brillante
Descubre al fatigado caminante
La ya perdida senda tortuosa.
Si adelante, adelante,
Tú, ronco trueno, con fragor, le gritas
cuando el cimienta de la tierra agitas,
Y en el cóncavo espacio te agigantas
Bajando de la altura
A la estensa llanura
Hasta morir del valle en las gargantas;
¿Por qué, Patria querida,
Por la ruda tormenta perseguida
Años, lustros y siglos has de verte
En noche eterna por tu mal sumida

Condenada á la infausta, horrenda suerte,
De gozar de la vida

Sólo para sufrir ansias de muerte?

¡Ni el suplicio de Sísifo pudiera
A tan rudo tormento compararse,
Ni el nombre de español, con honra entera,
Mientras sufras así, puede llevarse!

Mas no será: de tu presente historia
Las sombras pertinaces se esclarecen,
Y ya los días de soñada gloria
A la vista de todos aparecen.

Como aquellos de Otumba, de Lepanto,
De Orán, de San Quintin, de Cerignola,
Del mismo Trafalgar, que á la española
Altiva gente enaltecieron tanto.

Si pesan todos con pesar profundo
Que cubre el alma de mortal tristeza,
Más grande, mucho más, que la grandeza
Que te hizo proclamar reina del mundo;
Si ponen del pasado, frente á frente,
Las negras horas de la edad presente,
Nos infunden tambien la fortaleza
De ilustres hombres que á la Patria dieron
Ejemplos de virtud y grandes fueron;
E imitando su enérgica entereza,
Del sol que anuncia el esperado dia,
Romper podremos la cerrada bruma,
Como nave gentil, que con braveza,
Las ondas de la mar, tambien bravía,
Bate y convierte en deleznable espuma.

II

Hasta la cumbre de la abrupta sierra,
Cuya verde ladera y regalada
Sirve de asiento á la oriental Granada,
Ganoso de la paz, harto de guerra,
A veces llevo el pensamiento mío,
Y allí lo absorbe la Africana tierra
Como absorbe la mar al hondo río.
¡Recuerdos de la Patria lisonjeros!
¡Nombre, gloria, poder, armas triunfantes!
¡Orán, que reproduce al Gran Cisneros!
¡Argel, que resucita al Gran Cervantes!
Nuevo mundo que surge y que lo pueblas
Tú, mente mía, con insignes glorias.
La lucha entre la luz y las tinieblas
Que agita al mundo y llena las historias;
La verdad y el error dándose trazas
Para hacer, de un empeño generoso,
Tenaz contienda entre vecinas razas;
El constante luchar del pensamiento
Que estalla viólento
Convertido en torrente impetuoso,
Cuando poder tirano
Convierte en cárcel el cerebro humano.
¿Qué importa que el Estrecho proceloso
Separe las regiones
Del Atlas y el Pirene? De sus cumbres
Ya sé que descendieron

Provocando sangrientas colisiones
Guerreras muchedumbres.
Ya sé que defendieron
Con indómito ardor, leyes, costumbres
Y viejas tradiciones,
Herencia de encontradas religiones;
Pero también surgieron
Del constante luchar, acompañado
Del séquito obligado
De proezas, de hazañas y de afanes,
De virtudes, de vicios y de horrores,
Cides, Sanchos, Guzmanes,
Muzas, Abderramanes,
Y Pelayos, y Alfonsos, y Almanzores.
Y al calor de esa lucha encarnizada
Que dió principio en la fatal jornada
Del entonces oscuro Guadalete,
Florecieron los genios que en Granada
Alzaron el gallardo minarete
De la Mezquita mora,
Donde siglos después vióse ondeando
La enseña triunfadora
De la Grande Isabel y el Gran Fernando.
Si apenas desde lo alto de estos montes
Consigo descubrir en la penumbra
Que envuelve los remotos horizontes,
La incierta línea que hacia el Sur los cierra,
La luz de mi esperanza los alumbrá,
Y como campo de futura gloria,
Surge á mis ojos la africana tierra,

Y su historia, que ha sido nuestra historia,
Surge entera tambien en mi memoria.

III

Era un día de Julio. Suavemente
El lejano horizonte se teñía
Con la luz de la aurora, que nació
Del hondo mar por el extremo Oriente.
Y ya cuando las sombras se ocultaban
Heridas por el Sol, rumbo adelante,
Nuestras naves de guerra el mar surcaban
En demanda de Orán, desde Alicante.

Y llegaron, y vieron, y vencieron
Como el héroe famoso,
Y en los muros de Orán clavar pudieron
El Pendón de Castilla victorioso.

Pero pronto las naves regresaron
Con el grueso de fuerzas aguerridas
Que tal victoria sobre Orán lograron,
Y los moros, al verlas divididas,
Las suyas, por los campos esparcidas,
En haz estrecho por su mal juntaron.
Con empeño tenaz, con fiera saña,
Con indómito ardor, todas llegaron
A los muros de Orán; pero la España
A su carro triunfal llevaba uncida
Como dócil esclava á la fortuna,
Y otra vez fué vencida,
Y humillada otra vez la Media-luna,

¡Si es que se humilla la altivez moruna!

Cedió por el momento el africano
Bey-Hasem-Mustafá, cuya derrota
Aumentó su rencor hacia el cristiano;
Y no pudiendo con su hueste rota
Revolverse y luchar contra el destino,
Llamó al moro Argelino,
Que acudió al llamamiento de su hermano.
Alí-Ben se presenta en son de guerra,
Y son cuarenta mil los que acaudilla
Contra ocho mil, que en su recinto encierra
La plaza conquistada por Castilla.
Siente Alí la codicia del rescate,
Y antes hoy lo ambiciona que mañana;
Su fiero corazón activo late
A impulsos de la cólera africana;
Su mente el brillo de la gloria ofusca,
Y el secreto de hallarla en el combate,
En el poder del número lo busca
Y en la fuerza que manda el acicate.

¡Vano empeño es el suyo! Llega y toca
Los muros con sus huestes, arrojadas
Sobre ellos, como el mar, en oleadas
Tremendas bate la sílicea roca.

¡Vano empeño es el suyo! Porque dentro
De Vahran, codiciada, el genio brilla
De un hombre singular, y en el encuentro
Con las huestes de Alí, las de Castilla
Opondrán al salvaje ataque rudo,
Valor y ciencia, como doble escudo.

No vé Alí que el recinto amurallado
 Por las llamas del genio iluminado,
 Allá, en el fondo de la noche oscura,
 Como aurora brillante resplandece.

No advierte, no, que el misterioso brillo
 Surge de aquella colosal figura
 Que en los riesgos se crece,
 Y á los ojos de todos aparece
 Con la talla y el genio del caudillo.

Tal era el hombre que á su Patria ha dado
 Con la espada y la pluma honrosa fama;
 El hombre ilustre á quien la historia llama
 ¡Marqués de Santa Cruz de Marcenado!

IV

Nace en Astúrias; por su propia cuenta
 Arma soldados; parte á la campaña;
 Se bate con valor; el brillo aumenta
 De su ilustre prosapia, y lega á España
 Un nombre venerando
 Que recoge la historia
 Para eterna memoria
 Del que supo vivir... *Reflexionando,*
 Y mártir del deber, morir matando!!

Tal era quien las fuerzas defensoras
 De la Plaza sitiada dirigía.

Tal era aquél con quien luchar debía
 El fiero Alí, por su desdicha y daño
 Del inmenso tropel de gentes moras,

Que á seguro desastre conducía.

Llegó el momento del combate. Era
Mil setecientos treinta y dos el año,
Y veintiuno de Noviembre el día.

El sol, radiando en la inflamada esfera
Con sus rayos ardientes, parecía
Que en el bélico alarde de las tropas,
A luchar aprestadas, influía.

Al viento sueltas las flotantes ropas,
En rápidos corceles, abrevados
Del Atlas colosal en las vertientes,
Como humanas pasiones, desbocados,
Con ímpetu violento
Circulaban los moros combatientes.
Eran del encendido pensamiento
Relámpagos veloces. El amago
Sus giros y revueltas anunciaban,
Y blandiendo sus armas, presagiaban
Hora inmediata de funesto estrago.

Era que los sitiados, que hasta entónces,
Los ataques enérgicos y duros
Del audaz argelino
Resistieron batiéndose en los muros,
Salían á luchar con el destino
En noble lid, á pecho descubierto,
Y uno por cada cien, en campo abierto.

¡Hazaña singular! ¡Ah! Yo adivino
En aquellos soldados animosos
Los hijos de los héroes valerosos
Que con la enhiesta Cruz de Constantino,

Fueron ante-mural para el torrente
Que una vez más se desbordó en Oriente.
Hijos de aquel astur que al sarraceno
Detuvo en los riscosos baluartes
Que forman sus montañas;
Del navarro tenaz que forjó el freno
Que á los francos detuvo en todas partes;
Del galáico que en ínclitas campañas
A férreo yugo sujetó al normando;
Del cántabro que bate, humilla y doma
En cien combates á la antigua Roma;
Del leal castellano que en el día
De Villalar famoso, peleando
Por la preciada libertad moría.

Tales hijos de España, conducía
A desigual combate, el valeroso
Marqués de Santa Cruz, cuyas hazañas
Dábanle justo nombre de animoso.

Bay secunda el empeño, por el flanco
Derecho de los moros. Valdecañas,
Acomete el izquierdo; y como blanco
De su briosa acción, elige el centro
El insigne Marqués. Así al encuentro
De Alí-Ben, que se apoya en un barranco
Abierto al pie de la escarpada sierra,
Serenos el corazón, alta la frente,
Brotando el labio la palabra ¡¡Guerra!!
Inició la batalla nuestra gente.

No pudo resistir el argelino
La rudeza del choque. Bravamente

Intenta detener en su camino
 Victorioso á las tropas españolas,
 Pero el genio se impone,
 Y el mar domina de rugientes olas
 Que aquella muchedumbre representa.
 Entre los moros el terror aumenta;
 Braman los mal heridos, más que gritan,
 Maldiciendo la suerte del cristiano,
 Que respeta sus vidas; pero en vano,
 Por no deberles nada se las quitan
 Con bárbaro teson y propia mano.

Así de muertos las rocosas faldas
 De los ásperos montes, vé cubiertas
 Nuestro insigne caudillo. Mas mudable
 La fortuna le vuelve las espaldas;
 Y la morisma huida, formidable
 Otra vez aparece. Ya las puertas
 Del templo de la Fama que vió abiertas
 Se cierran ante él; mas como falto
 Del merecido asiento no ha de verse,
 Le basta rehacerse
 Para entrar con más gloria: por asalto.

Vé sus fuerzas el ínclito caudillo
 Ya poseidas de mortal desmayo.
 Vé la victoria que al de Argel se inclina,
 Y vé sobre los suyos, el cuchillo
 Caer del victorioso, como el rayo
 Cae destruyendo la robusta encina.

Un momento de duda; un sólo instante
 Perdido en ocasión tan angustiosa

Y la plaza se rinde: la espantosa
Idea escita al héroe y delirante,
Con la sublime abnegación del hombre
Que se debe á su Patria y á su nombre,
Adopta extrema solución honrosa.

Hunde la espuela en el hijar del bruto
Y dó el pánico está más manifiesto,
Llega veloz para ocupar su puesto
Y evitar á la Patria horas de luto.
En medio del desórden se presenta;
Su fogoso corcel refrena y para;
Mira al terrible riesgo cara á cara,
Y su valor se aumenta.

Con voz de trueno que domina el caos
Del batallar contínuo, rudo y fuerte;
Con voz que inflaman los sangrientos vahos
Que despide aquel campo de la muerte,
Dijo á los suyos: «A morir nos llama
El deber militar; yo iré el primero:
Vosotros, como sois, así portaos.»

Su resuelta actitud, de nuevo inflama
El valor de las tropas. El acero
Del General invicto, á todos guía,
Y el combate otra vez se restablece
Con furia tal que por momentos crece
La espantosa matanza de aquel día.
¡Terrible batallar! Era la lucha,
Explosión pavorosa de pasiones
En varoniles pechos concentradas,
Por las furias de Erebo, desbordadas

En ásperas y opuestas direcciones.
Rumor de muerte por doquier se escucha.
Cuanto los ojos de extensión abarcan,
Es campo de contienda; en él se marcan
Del uno y otro bando los rencores
Con sangrientos y bárbaros horrores!!
En ocasión tan fuerte, desembarcan
Uttonia y Aragón. Son regimientos
Que llegan de la patria en los momentos
Críticos del combate. Oyen lejano
Estrépito de guerra,
Que domina el rumor del Oceano
Con el fuerte estampido de los bronces.
Sienten bajo sus piés temblar la tierra
Como si rotos sus robustos gonces,
En final y espantoso cataclismo
A hundirse fuera en el abierto abismo.
Corren hacia el combate. Pero en tanto,
¡¡Cuán terrible catástrofe llenaba
Todos los pechos de dolor y espanto!!
¡Aquél que espoleaba
Al brioso corcel y lo lanzaba
Como huracán violento
Al combate tenaz! ¡Aquél que pudo
Reanimar á las tropas con su acento
Y hacer del temeroso movimiento
Avance audaz y formidable escudo;
El sabio, el militar, el esforzado
Marqués de Santa Cruz de Marcenado,
Rotas las carnes por profunda herida,

Yace en el campo del honor, sin vida,
Aun empuñando la fulmínea espada
De matar y vencer, como él, cansada...

¡Así murió! De la cabal victoria
Pudo escuchar los últimos rumores;
Siendo á la vez que fúnebres honores
¡Himno inmortal, de merecida gloria!

